

EL ALMA DE GARIBAY



Semanario humorístico Oscense



Director D. Fulano de Tal

La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Plaza de Urriés, número 1

Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *tútili mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el de-canso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se racionen y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo ó como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para caras serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

OTRA VEZ EN SERIO

Hay asuntos en la vida que no pueden tratarse en tono festivo y el que motiva nuestro artículo de hoy es de esa índole; perdonen, pues, nuestros lectores, que vayamos alternando.

LA MÁXIMA CULPA

I

Treinta y dos años hace que el Sr. Camo está desacatando y maltratando á los venerables obispos de Huesca por medio de su periódico diario. El año 76 vino el Ilmo. Sr. Onaindia, el 88 el ilustrísimo Sr. Alda, el 96 el Ilmo. Sr. Supervía, y sobre los tres ha caído con toda la saña sacrílega de que es capaz un anticlerical más ó menos desalmado, agotando todos los recursos de su repertorio inurbano, desde la mentira y la difamación más imprudente hasta las insinuaciones más alevosas y rufianescas. ¡Treinta y dos años, sin solución de continuidad, empleados en la indigna tarea de desprestigiar al Episcopado oscense!

Señores ¡qué barbaridad de cacique!

Alguien al verle tomar una orientación tan contraria á sus propios intereses, cree que este hombre debe tener compromisos masónicos. Eso á nosotros no nos consta ni nos importa; para el caso nos basta con su calidad de masonizante, y nos sobra con que sea un cacique de los del rabo anticlerical.

¿Se han fijado ustedes en la cara que le queda á un cacique frente á frente de un Obispo? A despecho del poderío avasallador y furibundo del cacique, se eleva sobre él cincuenta codos la autoridad serena, moral, religiosa, social y eminentemente popular del Obispo. La esfera de acción en que el Obispo se mueve, es tan inaccesible al cacique que, sin éste, y si es preciso, á pesar de éste, sigue aquél su majestuoso curso con toda libertad é independencia; y de aquí el que entre todos los terrenos en que se desenvuelven oficialmente las fuerzas sociales, el terreno episcopal sea el único, entendiéndolo ustedes bien, el

único, en el que el cacique es absolutamente incompatible, á ningún cacique, como tal, le es dado entrar en él.

Contando, pues, con el espíritu soberbio, con el carácter díscolo y testarudo, dominante y opresor de un cacique, fácilmente se puede comprender cuál será el estado y situación en que se hallará el ánimo de semejante alimaña, al verse en tal aprieto, ante un obstáculo que no puede superar, que le desespera y humilla, ¿qué recurso le queda para desahogar su envidia y desfogar su rabia? No otro que el de darse á los diablos, ó lo que es lo mismo, recurrir á la prensa, no á la prensa noble, independiente y concienzuda, digna de todo respeto, sino á la prensa de más baja estofa, á la asalariada, á la única que puede ser *suya*, á la mala prensa, á la prensa *prohibida*.

Con estos antecedentes hay bastante explicación de la causa, razón y motivo que ha impulsado al Sr. Camo á tomar en el diario su actitud desatentada contra el verable y venerado Episcopado oscense.

Pero de esa actitud resulta para Huesca una situación verdaderamente bochornosa que hay que tomar en cuenta por ser de todo punto intolérable. Dentro de nuestra provincia están los obispados de Jaca y Barbastro, un pequeño territorio de Urgel, y otro muy importante y extenso de Lérida. Pues bien, ninguna de esas Sedes venerandas, sufre el vilipendio de verse agredidas, por miserables cacicotes de rabo anticlerical, en todas el Episcopado disfruta, sin mermas de ninguna clase, el alto puesto que le corresponde, según ley de Dios y de la Iglesia, para bien de las almas. ¿Por qué, pues, en Huesca se ha de consentir que se atente contra el Prelado diocesano, pretendiendo robarle aquella majestuosa, saludable y veneranda paz, aquel decoro y honorabilidad que le son debidos, en justa reverencia á la santa misión apostólica que le ha sido conferida?

¡Ah! No es que aquí hayamos consentido jamás en semejante afrenta; miente el que diga que nuestra ciudad la ha soportado, ni un solo momento, sin profunda indignación y sonrojo; mil veces y de mil maneras, ha protestado contra ella nuestra buena prensa. Lo que hay es que, por la calamidad de los tiempos, ha sido posible

que un solo hombre, uno solo, haya bastado para mancillar la frente de una ciudad tan noble y pia como es Huesca. Conste, pues, Sr. Camo, que ese hombre es usted, y que sobre su cabeza cae íntegramente, exclusivamente la negra responsabilidad de tanta indignidad y vergüenza; y conste que entre las innúmeras culpas de usted, de que es digno padrón el diario, esta es su máxima culpa.

Más todavía; que para cometerla, no le ha bastado ser mal cristiano, ó cristiano farisaico, le ha sido preciso ser mal oscense, cargar con la nota ingloriosa de oscense descastado. Si tan fácil le fuera suprimir la Sede episcopal oscense como le fué el malograr, por miserables celos caciquiles, la ocasión oportuna para que tuviéramos cuartel, y para derribar el viejo antes de que hubiera otro nuevo, y nos quedáramos sin ninguno, ¿quién puede dudar de que en sus insanas y pecadoras manos también perecería la Sede de nuestro principado eclesiástico, ya más que milenario, y uno de los más antiguos y más santos blasones de que Huesca puede enorgullecerse? Lo que es por el Sr. Camo no queda, él hace cuanto puede para que venga ese fracaso. Como un loco (pues queremos creer que con estúpida inconsciencia) ha estado trabajando sin cesar durante seis lustros para que Huesca aparezca indigna de su Sede episcopal, desprestigiándola, envileciéndola, anulándola, sin respeto á su gloriosa historia, ni á la sabiduría y virtudes de nuestros venerandos Prelados, ni á la fe y piedad de sus paisanos...; ¡qué! hasta sin consideración á los intereses temporales y materiales de su propio pueblo que tan lesionados quedarían.

Pues no, Sr. Camo, mil veces no; esto no lo consentiremos, no lo toleraremos, no lo sufriremos los que, con la integridad de nuestra fe, no queremos perder el honor y la dignidad de oscenses.

No hay palabras bastante duras para calificar la guerra de usted contra nuestro Episcopado. Es *guerra cobarde* y nada decente, porque se hace á sabiendas de que los tenidos como enemigos, son inermes é indefensos que no pueden descender á las bajuras á donde desciende un fementido periódico anticlerical. *Guerra inicua é injusta*, porque se hace contra personalidades cuya característica es el ser padres de todos, y el no ser enemigos de nadie. *Guerra sacrílega*, porque se hace contra los puestos por el Espíritu Santo para regir y gobernar la Iglesia de Dios.

Puntos sobre los cuales, en otra ocasión daremos al Sr. Camo la lección que se merece. Por hoy ya sólo nos limitaremos á obsequiarle, para que se emboque, con el siguiente apotegma y conclusión de todo lo dicho:

«Una de las mejores apologías de la Religión y sus ministros, es la que resulta de la clase y calidad de los enemigos que los combaten».

EL SR. FIRMADO

¿Saben ustedes quién es «Firmado»? ¿No? ¿De veras no lo saben? Pues yo se les diré. A juzgar por una carta que le ha escrito á nuestro Director, es una persona de carne y hueso, lo mismo que yo y que todos ustedes—dispéñense que me haya nombrado el primero, no es inmodestia, porque el que escribe me parece que tiene que ir delante del que lee, pues si no hubiera quien escribiera... á buena hora habría quien leyese.—Sí, señores, una persona muy fina y muy culta, y, sobre todo, muy suspicaz, como tendrán ocasión de ver en la carta de referencia, advirtiéndole

que es auténtica y que la podrán ver en nuestra redacción cuando gusten, no sea que vayan á creer que yo la he inventado por llenar el papel solamente, ó por *tomar el pelo* á un ser imaginario, siendo así que á este de quien me ocupo sería difícil *tomárselo* por no tenerlo... de tonto.

Encontrábame en mi despacho el lunes de la semana que acaba de finar preparando mi segundo artículo sobre Plauto...—es decir, sobre Plauto precisamente no, sobre la mesa—cuando aparece en el dintel de la puerta el jefe de redactores, diciendo: «aquí tiene usted esta carta que acabo de recibir, vea si puede sacarle punta». Terminadas las brevísimas frases que acabo de transcribir, giró sobre sus talones y desapareció dejándome absorto con la susodicha epístola en la mano, á la que di más vueltas que los chicos á un trompo, decidiéndome, después de un escrupulosísimo examen de la misma, en la que pretendí en vano desentrañar el significado del último párrafo, á copiarla íntegra excepción hecha de tres nombres que no copio por no venir acompañados de sus apellidos respectivos, ya que nombres hay muchos iguales.

He aquí la misteriosa misiva, que precedo de tan largo exordio:

Sr. Director de EL ALMA DE GARIBAY.

«Me doy por enterado de las alusiones que se me vienen haciendo. No creí jamás que fueran mis méritos tales que se juzgaran dignos del alto honor de dedicarme casi por entero la vida de un periódico.

A Don..., y Don..., y..., y el papá Y. que fuere... á todos mi reconocimiento y gratitud: les quedo muy obligado. ¡Son muy valerosos y muy pillines y muy periodistas!

Cuando parezca que dejan ustedes de tener pretexto para proseguir su humorística campaña, tendré el honor de remitir índice de asuntos muy serios en los que podrán entender con los datos que poseo.

FIRMADO.

Hoy domingo 10, Patrocinio de San José».

No recuerdo que en el corto espacio de tiempo que lleva publicándose nuestro *revoltoso* y *peñit* semanario hayamos aludido á ningún caballero que lleve semejante apellido, pudiendo asegurarle que no le conocemos ni de *oidas* y si eso de «Firmado» es nombre, tampoco hemos visto jamás á San Firmado en el Martirologio.—Acaso sea éste el primero y le veán con el tiempo nuestros descendientes;—pero de todos modos cuando él afirma que nuestras alusiones van dirigidas á *su mercé*, razón tendrá para afirmarlo y á confesión de parte relevación de prueba. Voy, por consiguiente, á contestarle como si verdaderamente fuera la persona paciente; y, en su consecuencia, vienen ahora los comentarios, porque cartas sin ellos son como sopas sin sal. Principiando por el último párrafo de la del Sr. «Firmado», sin firma, en el que nos promete «remitir índice de asuntos muy serios»... digo, ¿más serios todavía del que tratamos hoy en nuestro artículo de fondo? Dispéñense el Sr. «Firmado» le diga que aunque sean más serios que la burra de Balán no es posible; es decir, si «los datos que posee» no aumentan su seriedad, en cuyo caso podía suceder que... pasando de lo sublime á lo ridículo nos hagan perecer de risa; pero, ¡torpe de mí! En este momento acabo de darme cuenta que eso del «índice de asuntos muy serios en los que podremos entender con los datos que él posee» nos lo facilitará «cuando parezca que dejamos de tener pretexto para proseguir nuestra humorística campaña». Pues hijo... si tan largo nos fia el

vino la tabernera..., ya puede echar, no un cuartillo sino la cuba entera, porque razón, no pretexto, para proseguir la campaña emprendida, tendremos por desgracia, no hasta la semana que viene, ni hasta el mes que viene, ni hasta el año que viene, ni hasta el siglo que viene, sino hasta la consumación de los siglos si no te arrepientes y te enmiendas antes y la vida tuya y nuestra dura hasta entonces.

Continuando después de abajo arriba, en el orden epistolar de comentarios, he de hacerme cargo del segundo párrafo, en el que nos quedas muy obligado con «reconocimiento y gratitud», confesando que somos «muy valerosos y muy pillines y muy periodistas». A esto no se me ocurre contestar otra cosa que lo que contesta en el sainete titulado «La mosquita muerta» una muchacha á su prometido: favor que usted nos ha... ce

Y vamos por último á lo que importa: ¿Conque de veras no creiste jamás que fueran tales tus méritos que se juzgaran dignos del alto honor de dedicarte casi por entero la vida de un periódico? Si esto te satisface aún puedo añadir, para que se centuple tu satisfacción, que si no me ocupo más de ti es por falta de tiempo que no de voluntad, pues lo mereces, sí, lo mereces, ¡vaya si lo mereces! pero no te envanezcas tan pronto, espera un poco, enfrena, siquiera sea por breves momentos, tu engreimiento, porque si das á éste rienda suelta creyendo que hacemos gemir las prensas por tus méritos, pudo creerlo igualmente Ravachol de sí mismo, puesto que también hizo los suyos para que se ocuparan de él no un pobre *periodiquet* de capital de tercer orden, como el nuestro, sino toda la prensa mundial,— como dicen los modernistas—pudo creerlo Morral que de tanto *gustico* que le dió lo de sus méritos no pudo soportar la dicha de que se pronunciara su nombre en millares de periódicos, y se descerrajó un tiro entre oreja y oreja, pudieron creerlo los regidas de D. Carlos y su hijo en Portugal y el *presidentocida* de Monsieur no sé cuántos en Francia, de los que estuvieron hablando *los papeles* más de un semestre, y hasta pudo creerlo la *Menegilda*, aquella de la calle de Fuencarral en Madrid, que tantos miles de pesetas dió á ganar á los rotativos con las numerosas relaciones de sus *méritos*, hasta que le dieron garrote y se acabó la historia... y el filón con ella. ¿Qué más? hasta Judas si le permitieran salir de los infiernos y volver á este valle de lágrimas, podía creerlo sin dificultad al ver que no sólo se ocuparon de él en su tiempo los cuatro evangelistas, cuando no existía la calamidad periodística, si no que en cuanto se inventó ya no han dejado, ni dejarán de llevarlo y traerlo por sus columnas mientras el mundo exista.

Ahora me explico la aventura del *dulero* del pueblo de mi cocinera, del cual nos ha contado ésta á la familia, varias veces, mientras nos servía á la mesa, que en cierta ocasión se arrojó aquél por un despeñadero después de haber ido arrojando uno á uno á cuantos animales habían confiado á su custodia y al preguntarse los vecinos consternados, qué móvil había podido impulsar á aquel infeliz para tomar tan fatal resolución, contestó su madre *toda* afligida y llorosa: «¿Sabis por qué *lahicho* el *probecico*? Pues por hacer *meritos pa* que lo pusieran *po* los papeles». He dicho.

PLINIO

El pataleo de un ahorcado... moralmente

Todavía no ha acabado el Sr. Camo de digerir

la cariñosa y entusiasta recepción que hicimos al señor Obispo, cuando volvió del Concilio provincial de Zaragoza. ¡Qué mala consejera es la envidia! uno y otro día, pretende acabar de desfogarla en su diario, y nunca lo consigue.

Una de las cosas que más le cargaron en dicha recepción fué el ver á un concejal, á todo un concejal, en alto, que se le subió á las barbas y le sentó á Fornillos en las narices. Señores ¿en qué tiempo estamos?

La otra cosa que más rabieta le causó, fué el griterío de los chicos. *Ex ore infantium et lactentium...* Pero ¿á qué malgastar latines con caciques? Y acentuaba usted la cosa, diciendo que eran *salesianos*... ¡Ah! esta nos la pagará usted otro día, Sr. Camo, bastante cara, y no sólo como cacique, sino como oscense.

Sepa usted que los vítores más espontáneos y populares son los que ordinariamente se tributan á los señores Obispos, y extraordinariamente á los soldados victoriosos.

¡Qué trabajo tenemos los que nos vemos obligados á aguantar caciques que llegan á viejos, y no han entendido de la misa la media, y esta media poco y mal!

EN EL TEMPLO DE BACO

III

El domingo último, que era de moda, se rindió culto á este dios gentilico con solemnidad inusitada en la taberna *modernista* del tío *Trapisondas*, y á ella se dirigieron, como movidos por un resorte, nuestros simpáticos colaboradores Patricio y Epifanio, cuyos *enjundiosos* diálogos tanto agradan á nuestros apreciables lectores.

Lo extraordinario de la fiesta consistía en que las libaciones se harían con acompañamiento de *sardina en escabeche* y *panecillos de perro chico*, que el dueño del establecimiento *regalaba* á los consumidores para congraciarse con todos y aumentar la clientela, que es como si se dijera: no á EL ALMA DE GARIBAY, sino á la del negocio.

Con pocos minutos de diferencia llegaron los dos *cultistas*, que tomaron una mesa *de rincón* para no molestar ni ser molestados, y, sin más preámbulos, comenzaron á hablar, *rompiendo el fuego* como siempre.

PATRICIO. Una cosa *mocurre*, Pifanio, al *derivar* la vista á este cafetín de vino y *bala rasa*, y es, que casi todas las estampas, *ú* como se digan, *cay* en las paredes son *oscenas*, indecentes y del todo *repunantes*. ¡Pues no me *paicen á mi* poco más honestas y *atractivas* las telarañas de las bodegas y de las cuadras, *quesas desnudeces* que casi *tacen gomitar*...!

EPIFANIO. La *verdá*, están escandalosas que no se puen ver.

P. Esta y no más, Santo Tomás.

E. Por mí, *ahura men* iría...

P. No; *aguantemos* por esta vez *pa* no caer en *redículo*. Veamos si el vino que venden es moro *ú* es cristiano.

E. *Pa* mi *caletre* que será cristiano por *partida doble*: con bautismo *casero* y con bautismo *clesiástico*.

P. ¿Qué *quies decir* con eso?

E. Que por lo menos *estará* bautizado dos veces. Yo *me pienso* *queste* vino lleva *doble* agua *quel* valor de las sardinas y de los panecillos.

P. No seas tan mal *pensau*, que pecas.
 E. Ni tú tan *inocentón* que á los setenta años que tienes aún no sabes el *auja* de marear. Voy á traer un litro *pa* que te *convenczas*.
 P. ¡Uf, qué *fastioso* es to lo *cay* aquí...!
 E. Toma; *güèlelo* y bebe.
 P. Demonios *encadenaus* hay en este vino. ¡A!
 E. Hoy nos *niremos* con media ración...
 P. Ya que no nos vayamos *envenenaus*...
 E. Dejemos este asunto y pasemos á otro ¿no te *paice*?
 P. Por mí ya está *dejau*, y continuaremos con el de *lotro* domingo.
 E. Venga de ahí.
 P. El otro día *hablemos* de los *empleaus*; hoy nos ocuparemos... de las comisiones, si no lo llevas á mal, eh?
 E. Por mí, *aprebau*.
 P. Si hubiera de sacar á la colada todos los trapos sucios *desta* que podemos llamar *sima monicipal*, no serían bastantes los *cuezos cay* en el Lavadero de *Libón* y en el de la calle de la *Madalena*. Son... una *barbaridá*, y con eso está dicho todo. Pero antes *dentrar* en materia, como *icen* los *pedricadores*, quiero *traete* á la memoria un ejemplo, que *mocurre* en este *istante* y es como sigue:
 En un pueblo grande de la parte baja *desta* provincia de Huesca (entonces tenía yo *bellos* doce años) había un Ayuntamiento de mayores *contrebuyentes* (porque en aquellos tiempos los Regidores eran los más *agudos* y los que más *tenían* que perder no como *ahura* que puede *selo* cualquier *zascandil*), y, como digo, ese Ayuntamiento tenía un Alcalde..., con *decite quera* de *Puñoenrostro... sa rematau*. Pues bien: este Alcalde, cuando venía en comisión á la capital por asuntos del *lugar*, cogía una mula de la cuadra, le ponía el aparejo, colgaba una alforja sobre el animal, llevando en un *ojete* los dineros para hacer pagos y la *decumentación* y en el otro *ojete* la cebada *pa* la caballería; montaban, él delante y el Secretario en grupa, y... *plan plan*, á las diez de la mañana, se *empujaban* en Huesca. Corrían las *deligencias* en aquel día, y á *lotro* ya *golrían* á salir *pal* pueblo.
 E. Bien irían *tal café*, *tal treato* ú otra *devirsión*...
 P. ¡Ca, hombre, si *pa* ellos no las había!
 E. Pues entonces... bien *francosen saldrían*...
 P. Los vecinos del pueblo. El Alcalde no contaba ni el alquiler ni el gasto de la mula; sólo pagaba el servicio de mesa y cama, *cacia costar* en recibo firmado por el *posador*, y esta era toda la cuenta de su comisión. *Fegúrate* á cuánto llegaría... *Golvamos* la hoja. ¿Cuánto gastan las comisiones de los Ayuntamientos que hoy *sestilan* cuando hacen algún viaje por asuntos del pueblo? Lo primero *escogen* el tiempo que más les acomoda; *dimpués* toman billete de

1.^a en la estación más *cerca* del *carro ferril*; se detienen, si conviene á sus negocios particulares, en alguna población del *transito*; por el camino acuerdan los días *can* de *premanecer* en la Corte, *sies* que allí van...; luego tratan de la fonda *can docu-par*, *minú* que les han de servir, sitios de recreo *can* de *vesitar*, en fin, se ocupan de todo, menos de aquello *pa* lo que van... ¿Te *paice* si esto no llama al cielo?

Dimpués can güello los *grandismos remataus*, presentan en Depositaria una cuenta tan *disforme*, *quel* Depositario no puede pagarla por falta de fondos; trina y pateá éste por autorizar el Presidente un pago tan escandaloso, que le *impidirá* *cobrir* atenciones más sagradas; y sucede, al fin, *quel* pueblo es el *pagano destas* demasías y *refoches*.

E. ¡*Alabau sa* Dios cómo *almenistran* estos *pillastres*!

P. Se respira aquí mala *mosfera* y nos conviene salir *desta*... pocilga. Paga el vino, *cotro* día lo pagaré yo, Adiós...

E. Patricio *sen* va *escociu*... Yo *tamién*.
 Lo mismo le sucede á

UN OYENTE.

SI NON E VERO, E BEN TROVATO

En cuanto apareció en nuestro número anterior el suelto tan jaleado, ó, si ustedes quieren, tan pateado, á elegir, por nosotros, en el cual, *El Diario*, despechado y embrollón como se esperaba, dió noticia de la cariñosa, ruidosa y entusiasta recepción hecha por nuestra ciudad á su venerable Obispo, cuando volvió de Zaragoza después del Concilio provincial, cuentan las crónicas, que Camo montó en cólera, y llamó al autor del atentado que, por cierto, es un no despreciable cultivador del *sport* literario, y le dijo:

—¡Torpe!

—Pero, mi amo, ¿qué más podía yo hacer que inventar una disposición de la Nunciatura Apostólica, para poder decir que la recepción, con la que nos dieron con la badila en los nudillos, no había sido más que una desobediencia y una escandalosa protesta?

—Lo que tú has hecho es sacarme una vez más á pública subasta mis farisaicas orejas, cosa de que yo no tenía maldita la gana.

—Señor, yo no pude amontonar más mentiras, ni tampoco más malicias de esas que á usted le gustan tanto... Mi labor no pudo ser más fina y maquiavélica.

—¡Bruto!

—Señor...

—¿Cómo fuiste tan tumbón y descuidado que no te enteraste de que ahora no estamos á *solas*...? De que nos observan...? Ahora han dado en la manía de destrozár mi rabo anticlerical, y es lástima que no seas tú el que sienta los pisotones que yo sufro, y que luego me dejarán rabón.

—Pero, señor, si...

—¡Ea! márchate ya. Y que mi diario, digo, mi perro, guarde la puerta día y noche, que hay moros en la costa.